

1 Corintios 11:26

Jueves Santo 2001 62, 63, 425, 57

1 Corintios 11:26. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga.

“Haz esto en memoria de mí”, dijo Cristo en el primer Jueves Santo, cuando instituyó el Sacramento de la Santa Cena. “¿Pero, qué significa hacer esto en memoria de él?” ¿Sería acaso sólo como una memoria de un amigo y pariente que ha dejado este mundo y que extrañamos? Pero Cristo no nos ha abandonado, sino como el Señor resucitado prometió a los suyos, él estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. Esta memoria, entonces, no puede ser el recuerdo de alguien a quien hemos perdido. Tiene que ver más bien con el significado de lo que él instituyó ese día, y como lo indica nuestro texto de hoy, con la muerte que sufriría al día siguiente. Como hoy proponemos celebrar la Cena que Cristo primero instituyó en la víspera de su muerte, queremos considerar qué significa anunciar la muerte del Señor por medio de este sacramento.

Cristo hace muy claro por qué es tan importante este sacramento. Nos dice que en él nos da el cuerpo “que por vosotros es dado”. Al dar la copa nos dice: “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados”. Cuando nos dice que debemos hacer esto en memoria de él, entonces, quiere que estemos conscientes de por qué tenía que morir. Lo que lo llevó a la cruz fue nuestros pecados. Judas en el primer Jueves Santo traicionó a su Señor, entregándolo a los judíos para que le pudieran crucificar. Pero Judas no es el único que ha traicionado a Jesús. Aunque fuimos hechos por él y le debíamos absoluta lealtad y obediencia, sí, aun después de ser redimidos por él, muchas veces hemos seguido nuestra propia voluntad, y vivido con egoísmo e indiferencia hacia los hermanos con quienes Cristo nos ha ligado. Hemos sido mucho más prestos a servir nuestros propios intereses que los de nuestro prójimo. Hemos sido muy enojados cuando alguien ha violado uno de nuestros derechos, al mismo tiempo que hemos podido ver con indiferencia y hasta gusto cuando alguien más ha sufrido si nosotros hemos recibido provecho por medio de ello. Cada actitud falta de amor, cada indiferencia al sufrimiento de nuestro prójimo, cada palabra áspera y ruda que hemos pronunciado, todos son pecados, y la verdadera causa de la muerte de nuestro Salvador es el pecado, no sólo el de otros, sino el nuestro. Si bien Cristo habla de los frutos de la fe diciendo: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo

hicisteis”, también dice acerca de la falta de amor y misericordia: “De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis”. Y por ello lo que hubiéramos merecido es ir al castigo eterno. Así que la primera cosa que anunciamos acerca de la muerte de Jesús cuando hacemos memoria de él en la Santa Cena, es que los que acudimos a este sacramento somos personas que hemos ofendido y traicionado con nuestras vidas a este Salvador, somos personas cargadas con culpa y pecado, que sólo hemos merecido de él el castigo y la condenación. Como cantamos en uno de los grandes himnos de la Semana Santa:

¿Quién fue? ¿quién te ha herido?
Señor, ¿qué has cometido?
¿Quién te maltrata así?
Sin mancha de pecado
El justo es condenado
Y sufre todo en bien de mí.

Yo soy: he merecido,
Al vil madero asido,
Mi transgresión pagar.
Tus carnes desgarradas,
Tus manos traspasadas
Testigos son de mi pecar. CC. 62:3,4

Pero gracias a Dios, en la Santa Cena hacemos más que solamente recordar nuestro propio pecado y culpa que llevaron a Jesús a la cruz. Él mismo también dijo que la sangre que él derramó en la cruz, la misma sangre que nos da a nosotros también en este sacramento, es la sangre que “por muchos es derramada para remisión de los pecados”. Cuando vemos a nuestro Salvador en la cruz, entonces, no debemos pensar que nuestros pecados lo han forzado a estar allí, como si fuera algo contra su voluntad. Al contrario, está allí, derramando su sangre, como el gran sacrificio voluntario de amor para expiar nuestro pecado y culpa. Está allí como el “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. El santo cuerpo de Jesús, la santa sangre que corre de sus heridas, es la prenda de su gran amor hacia nosotros. “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos”, dijo nuestro Salvador. Y Pablo dice en Romanos: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.”

Si bien al acercarnos a la mesa del Señor debemos recordar nuestros pecados que fueron la causa de la muerte de Cristo, cuando salimos de su mesa debemos pensar sólo en esto: Mi Salvador ha muerto por mí, y por su muerte todos mis pecados están perdonados. Su santa sangre ha pagado toda mi deuda, y

me ha lavado, de modo que por su muerte soy tan limpio que no queda ni una sola mancha de pecado. “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”. “La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado”.

Así la segunda cosa que proclamamos acerca de la muerte del Señor cuando celebramos la Santa Cena es que su muerte nos ha traído pleno perdón de todos nuestros pecados, la perfecta justificación que necesitamos para entrar en el reino de los cielos. Proclamamos nuestra fe en la promesa de este perdón, y en esta fe está la verdadera preparación para recibir dignamente esta cena. “Digno del sacramento, y apto para recibirlo es quien tiene fe en las palabras, ‘por vosotros dado’ y ‘por vosotros derramada para perdón de los pecados’”.

Como lo dice otro himno conocido de esta semana:

En la cruz mirad clavado
A Jesús el Salvador;
Ved que pruebas nos ha dado
De su celestial amor.

Por pagar tan gran rescate
Él su sangre derramó,
Y muriendo en el combate,
A la muerte destruyó.

Pero hay otra cosa que también recordamos cuando celebramos la Santa Cena. Proclamamos la muerte del Señor *hasta que él venga*. Recordamos que aquel que murió por nuestros pecados es también el que resucitó triunfante al tercer día, que ascendió al cielo, a donde se ha ido para preparar lugar para nosotros, y que él mismo vendrá otra vez en gloria para recibir a nosotros, a los que ha redimido y perdonado, para estar siempre con él allí. Nuestra participación en este sacramento, en el cual entra en tan íntima comunión con nosotros que nos da el mismo precio de nuestra redención para asegurarnos que somos de él y que su perdón es una realidad para nosotros, también nos hace anhelar tanto más la comunión aun más íntima que gozaremos con él cuando lo veamos cara a cara. Nos hace recordar que no sólo fuimos redimidos de algo, sino también para algo. Anhelamos el día en que el último vestigio del pecado será quitado de nosotros y seremos glorificados con cuerpos como su cuerpo glorioso.

En vista de esto, querremos vivir para su honra y gloria también durante nuestra vida en esta tierra. Renovaremos día tras día la lucha por la santidad en nuestra vida diaria. En agradecimiento por su gran sacrificio por nosotros, combatiremos nuestra carne

pecaminosa para que cada día más se haga en nosotros la voluntad de Dios aquí en la tierra como en el cielo.

¡Que yo, Jesús, por tu bendito nombre
A diario crucifique mi viejo hombre!
Hazme crecer en santidad, templanza,
Fe y esperanza.

Y finalmente, proclamamos que la muerte de Cristo ha quitado de nosotros el temor de la muerte. ¿Cómo nos aterrará? “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Puesto que esta muerte que recordamos cada vez que celebramos la Santa Cena nos garantiza el perdón de los pecados, aun la muerte ha perdido su aguijón. Confiando en esto, podemos acercarnos a nuestra última hora en esta vida llenos de confianza y consuelo, sabiendo que despertaremos con Cristo en el Paraíso.

En mi última agonía,
Revélame tu faz;
Tu cruz será mi guía,
En paz me llevarás;
Tu imagen contemplando
Entrego mi alma a ti,
Sólo en tu cruz confiando.
¡Feliz quien muere así! Amén.